

## LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA DE BUENOS AIRES

*Antonio LAGO CARBALLO*

El fallecimiento de don Marcelino Menéndez Pelayo en Santander, el 19 de mayo de 1912, tuvo una amplia resonancia, no sólo en España sino en los medio académicos y culturales de Europa y de América. En Buenos Aires, dos días después de la muerte del insigne historiador, «El Diario Español» publicaba una carta firmada por el Dr. Emilio Latte Frias, en la que proponía a la colectividad española la realización de varios actos en homenaje a la memoria del gran polígrafo desaparecido. Y al día siguiente, el mismo diario publicaba otra carta de adhesión a esta iniciativa, firmada por el doctor Avelino Gutiérrez, famoso médico nacido en tierras santanderinas, pero trasladado de niño con su familia a Buenos Aires, en donde cursó la carrera en la Facultad de Medicina de la que más tarde sería catedrático de Anatomía. El doctor Gutiérrez proponía que se constituyera una Comisión de Iniciativas, y señalaba como Presidente de la misma al Dr. José M. Carrera, a quien correspondería pensar en sus acompañantes «en esa tan grata cuanto nobilísima empresa».

Días más tarde, el 31 de mayo, el Presidente de la Asociación Patriótica Española convocaba a una reunión, celebrada el 2 de junio, en la que fueron designados los miembros directivos de la Comisión: presidente, José María Carrera; vicepresidente, Avelino Gutiérrez; secretarios, Martín Dedeu y Luis Méndez Calzada. Al día siguiente, la Comisión resolvió asociar a su labor los nombres de ilustres personalidades argentinas de la docencia, la literatura, el arte y la política y de otros significados miembros de la colectividad española... Todos ellos, bajo la presidencia del Presidente de la República, Roque Sáenz Peña, y del Embajador de España, don Pablo Soler y Guardiola, constituyeron la Junta Consultiva...

El 9 de junio la Comisión examinó los proyectos planteados en su seno, y resolvió posponer a la Junta Consultiva la apertura de una suscripción destina-

da a constituir un edificio en Santander que albergase la gran biblioteca que don Marcelino había legado a su ciudad natal, y constituir en igual forma otra fondo permanente dedicado al sostenimiento de una cátedra de cultura española. Muy pronto supieron que don Marcelino no sólo había legado sus libros a Santander sino también el edificio en donde vivió sus últimos tiempos y en el que estaban sus libros. Entonces la Junta Consultiva, de modo unánime, reiteró a la Comisión de Iniciativas su conformidad para que se llevase a cabo la creación de la cátedra dedicada a la cultura española...

Meses más tarde y siendo ya presidente el doctor Avelino Gutiérrez, fue constituida la Institución Cultural Española, cuya personalidad jurídica sería reconocida por decreto del Gobierno argentino el 14 de agosto de 1914. Por su cátedra pasarían los grandes profesores y académicos españoles, que contribuirían, con sus enseñanzas, a demostrar la altura alcanzada por la ciencia y la cultura españolas. (Hay que recordar que por entonces estaba reciente y vivo el recuerdo de la presencia de la Infanta doña Isabel, la llamada, con simpatía y afecto, por el pueblo madrileño, *La Chata*, quien en 1912 había representado a la Familia Real en los actos conmemorativos del Centenario de la Independencia argentina. Su presencia, rodeada en todo momento de cariño y simpatía, promovió un movimiento de consideración y estima por todo lo español).

La iniciativa de don Avelino Gutiérrez y de cuantos se le habían unido en el empeño, siguió adelante. Enseguida y a propuesta del ilustre médico, se pusieron en relación con la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid —que había sido creada en enero de 1907, y de la que Menéndez Pelayo había sido vocal—, cuyo asesoramiento parecía utilísimo, y de mutuo acuerdo convinieron en que el primer invitado a la Cátedra recién fundada no podía ser otro que el gran historiador don Ramón Menéndez Pidal, quien como discípulo de don Marcelino era el más cualificado para exponer en sus conferencias un «estudio intensivo y analítico de la obra de crítica literaria, de investigación y de ciencia realizada por Menéndez Pelayo», como textualmente se dice en el convenio firmado el 4 de noviembre de 1913, entre don Ramón Menéndez Pidal y don Luis Méndez Calzada, quien lo hizo como secretario de la Comisión Pro-Homenaje a Menéndez Pelayo. En el mismo convenio y en su apartado 4.º se decía: «La Comisión se obliga a entregar al Sr. Menéndez Pidal, en concepto de retribución por las tareas del curso, la suma de “QUINCE MIL PESETAS”, así como el importe de los gastos de viaje hasta Buenos Aires, siendo de cuenta de aquella estadía en la capital mencionada».

En efecto, don Ramón viajó a Buenos Aires y lo hizo en el buque *Reina Victoria-Eugenia* de la Compañía Trasatlántica, en el que embarcó en Cádiz el 7 de junio de 1914. En los meses de agosto y septiembre de 1914 desarrolló su ciclo de conferencias dedicadas al estudio y análisis de la vida y obra de Menéndez Pelayo. Después, y a petición de los profesores y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, explicó una serie de lecciones acerca de Lope de Vega. Y aun dictó dos conferencias más en el Club Español, también convocadas por la Institución Cultural: una sobre «La Poesía lírica antes del siglo XVII» y otra sobre «La evolución intelectual de la España contemporánea».

El éxito acompañó a don Ramón Menéndez Pidal en todas sus conferencias y lecciones. No era un orador brillante sino un sabio erudito, un profundo investigador, un hombre afable y sencillo. La vida de la Institución Cultural de Buenos Aires, no podía haber tenido mejor comienzo.

Cuando don Ramón regresó a Madrid propuso a la Junta de Ampliación de Estudios invitar a don Santiago Ramón y Cajal para el desempeño de la cátedra de la Institución en el siguiente curso académico, pero el gran científico y Premio Nobel se vio obligado a declinar la invitación, por su quebrantado estado de salud.

La misma Junta de Ampliación de Estudios propondría meses después a la Institución el nombre de don José Ortega y Gasset, nombre que fue aceptado inmediatamente. 1916 fue un año significativo en la trayectoria vital de nuestro pensador, quien tres años atrás había doblado el cabo de la treintena y se encontraba en plena madurez intelectual y humana. Dos años antes había publicado *Meditaciones del Quijote*, libro en el que Ortega se manifestaba como un filósofo original y, a la par, dueño de un estilo literario lleno de belleza y precisión. Cuando llegó a la Argentina no era conocido del gran público, pero sí de esa vanguardia, de esa minoría de lectores que poseen la intuición de los valores nuevos y de los libros que van a marcar un hito en la vida del pensamiento.

Sus lecciones tuvieron por escenario la Facultad de Filosofía y el éxito alcanzado creció de modo vertiginoso. Cuando en 1939, en un acto conmemorativo del XXV aniversario de la Institución Cultural, recuerde su primera visita a Buenos Aires dirá Ortega que la primera conferencia la pronunció en un salón lleno, con el lleno normal y corriente de las inauguraciones, pero que cuando una semana más tarde y en compañía del doctor Avelino Gutiérrez se dirigió a la Facultad «nos encontramos con que la calle de Viamonte había sido ocupada por

la fuerza pública, porque una muchedumbre ingente que se había amontonado en ella, había asaltado la Facultad y había roto los cristales de las ventanas. ¡Y toda esta turbulencia y tanto desmán, no más que por el afán de escuchar una lección de Filosofía de un mocito gallego, ocho días antes totalmente desconocido!».

Pero las conferencias de Ortega no sólo constituyeron un éxito social. También tuvieron una importante influencia intelectual. Entre el público que le escuchaba había profesores y, sobre todo, estudiantes universitarios con inquietud política e intelectual, que se dieron cuenta de que el lenguaje, el estilo de Ortega era diferente del que estaban acostumbrados a oír a sus profesores. El mensaje orteguiano contribuyó a fomentar inquietudes que cuajarían finalmente en el seno de pequeñas minorías que descubrieron o creyeron descubrir una vocación intelectual, que no era como la de sus padres y sus maestros, sino más viva, más en contacto con las renovadas preocupaciones que recorrían el mundo. Un excelente historiador de las ideas y del pensamiento argentino, José Luis Romero, ha subrayado la influencia que ejerció el renovador magisterio de Ortega en los que encabezaron el movimiento de Reforma Universitaria que en 1918 tendría por escenario la Universidad de Córdoba, para después irse extendiendo por las universidades de Santiago de Chile, de Lima, de México, de La Habana... En sus inicios fue una airada rebelión estudiantil con el propósito de combatir la rutina y la insolvencia del profesorado, sus actitudes dogmáticas, su indiferencia frente a los nuevos problemas de la vida y de la cultura.

Requeriría mayor espacio intentar la crónica detallada de la labor llevada a cabo por la Institución Cultural Española. Su historia, desde 1912 hasta 1930, está muy bien contada en los cinco volúmenes de *Anales* publicados entre 1947 y 1953, por la misma Institución ... Por mi parte quisiera tan sólo recordar lo que fueron sus grandes objetivos y aciertos. Tras tan triunfales comienzos, los directivos de la Institución no tenían más remedio que mantener una línea de rigor y exigencia, que se manifestaría en diversos frentes de actuación.

En primer lugar y como queda dicho, en llevar a Buenos Aires, para que ocupasen la cátedra de la Institución, a las grandes figuras universitarias y académicas, a los grandes investigadores científicos de España.

De modo paralelo, se brindaba la Cátedra a muy ilustres escritores e intelectuales argentinos, algunos de los cuales serían invitados a visitar los centros universitarios y los foros académicos de España como lo fue Martín Noel, arquitecto-

to e historiador del arte colonial en Argentina, quien dio un curso de conferencias en la Universidad de Sevilla sobre el arte precolombino en el Perú, el arte virreinal y otros temas relativos a la historia de la arquitectura hispanoamericana.

Por otra parte, es bueno recordar la visita que don Avelino Gutiérrez hizo a España en 1920, ocasión en la que fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad de Madrid, a propuesta de la Facultad de Medicina. Recibió también el homenaje de la Junta de Ampliación de Estudios por la brillante labor que estaba llevando a cabo la Institución Cultural de Buenos Aires. Escritores como Rafael Altamira, José Francos Rodríguez y José María Salaverría le dedicaron laudatorios artículos en los principales diarios, y la visita se coronó con la audiencia que le concedió el Rey Alfonso XIII, y a la que asistió acompañado por José Castillejo.

La Institución Cultural se hizo eco de las conmemoraciones de centenarios y efemérides de autores clásicos o de acontecimientos históricos; Tricentenario de la muerte de Cervantes, Centenario de la Independencia argentina, Centenarios del Cardenal Cisneros, de Fray Luis de León en 1928, de Góngora ... homenajes en memoria de don Francisco Giner de los Ríos, de don Santiago Ramón y Cajal, de Pérez Galdós; recepción a los aviadores del «Plus Ultra», y tantas otras celebraciones.

Una tercera línea de actuación fue la del fomento y promoción de exposiciones de artes plásticas, tanto en Buenos Aires de los maestros españoles de la pintura y la escultura, como de los argentinos en España o audiciones musicales como los conciertos que dieron los guitarristas Andrés Segovia y Regino Sainz de la Maza, el violinista Manuel Quiroga o los pianistas Ricardo Viñes y José Iturbi.

En este mismo orden de cosas, es preciso recordar el respaldo y apoyo dispensado por la Institución al teatro español y a los más relevantes dramaturgos: Jacinto Benavente, Eduardo Marquina, Linares Rivas, Carlos Arniches, los hermanos Machado, los hermanos Álvarez Quintero, Fernández Ardavin, y, aunque no tengo el dato cierto, a Federico García Lorca en su viaje a Buenos Aires a finales de 1933. En los cinco meses que el poeta permaneció en Buenos Aires se representaron sus obras *Bodas de sangre*, *La zapatera prodigiosa* y *Mariana Pineda*. Cuando en octubre de 1939 viaja a Argentina don Manuel de Falla, el genial músico tan amigo de García Lorca, lo hace con los auspicios de la Institución Cultural por entonces presidida por Rafael Vehils, y para

asistir a los actos conmemorativos del XXV aniversario de la Institución Cultural Española, motivo por el que también fueron a Buenos Aires Ortega y Gasset, el escritor Pérez de Ayala y el físico Julio Palacios.

Pero no me es posible reseñar todas estas actividades pues prefiero centrarme en la excelente labor llevada a cabo por la Institución en cuanto se refiere a la presencia en Buenos Aires y, por extensión, en otras ciudades del interior argentino y en Montevideo, de ilustres representantes de nuestras letras y ciencias. Para ello, insisto, contaron siempre en Madrid con la colaboración y el consejo de la Junta de Ampliación de Estudios.

La nómina de los profesores invitados es ciertamente impresionante: en 1917 es el matemático Julio Rey Pastor quien desarrolla un curso que inicia con una lección sobre la evolución de la Matemática en la edad contemporánea para luego hablar de la teoría de los grupos, de la geometría proyectiva superior, de los fundamentos de la matemática lógica... Tras Rey Pastor, dos años después sería el doctor Augusto Pi y Suñer, de la Universidad de Barcelona, figura brillante de la ciencia fisiológica, notable investigador de los fenómenos biológicos, quien desarrollaría un curso en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, para luego seguir a Córdoba donde también dictó varias lecciones. El siguiente invitado fue un excelente físico, don Blas Cabrera, catedrático de la Universidad de Madrid, quien desarrollaría dos ciclos de lecciones, uno sobre «Estructuras de la materia» y otro sobre la «Teoría del magnetismo». Me parece interesante subrayar que varias de sus conferencias —en 1920— estuvieron dedicadas a un tema entonces tan novedoso como las teorías de Einstein sobre la relatividad y la gravitación, cuya formulación definitiva hacía tan sólo cinco años había expuesto el genial físico.

En 1921 fue un ilustre constitucionalista, el catedrático de Oviedo, don Adolfo Posada, quien ya había visitado Buenos Aires en 1910 y a su regreso había presentado un Informe a la Junta de Ampliación de Estudio en el que exponía lo que, a su juicio, debiera ser la política de cooperación intelectual entre los dos países. Ahora volvía para hablar de la crisis del Estado y de las condiciones históricas determinantes en los países occidentales tras la I Guerra Mundial. Y de otros temas entonces —y ahora— de máxima actualidad como la función del Estado como órgano de la justicia social o el sindicalismo.

La siguiente visita sería la que el pensador Eugenio d'Ors llevó a cabo en 1921, invitado tanto por la Institución Cultural como por la Universidad de Cór-

doxa, es decir, por la Universidad que tres años atrás se había visto sacudida por el movimiento de Reforma Universitaria que trataba de promover la renovación a fondo de las enseñanzas, aumentar la participación de los alumnos, y fomentar la extensión universitaria. Si páginas atrás señalaba la influencia que ejerció Ortega con sus conferencias, ahora tendría que subrayar en qué medida el mensaje intelectual del catalán d'Ors alcanzó resonancia entre los maestros y los aprendices de la filosofía, pues pocos años antes de su visita, en abril de 1918, se había fundado en Buenos Aires el Colegio Novecentista, cuyo sentido definían sus inspiradores con estas palabras: «Novecentismo quiere ser una suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy —nuevos y del Novecientos— a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente». No es difícil imaginar el gozo de d'Ors, inspirador del *noucentisme* catalán, al ver proyectados sus ideales al otro lado del Atlántico.

Al año siguiente la cátedra sería ocupado por el máximo historiador del arte español, don Manuel Gómez Moreno, a quien le sucedería al año siguiente, 1923, el doctor Rodríguez Lafora cuyas lecciones estuvieron dedicadas a temas que por entonces eran de la mayor actualidad: el psicoanálisis; la teoría sexual en el psicoanálisis, la histopatología en el sistema nervioso central; psicoanálisis de la inspiración poética y otras cuestiones de la especialidad médica de la que el doctor Lafora fue pionero en España.

El año 1923 conoció una gran actividad en la Institución, pues además del doctor Lafora fueron a Buenos Aires el doctor Sebastián Recasens, catedrático de Ginecología y decano de la Facultad de Medicina de Madrid, y el jurista Luis Jiménez de Asúa, catedrático de Derecho Penal también en la Universidad madrileña, quien después de la Guerra Civil Española elegiría Buenos Aires para vivir sus años de exilio.

Pero el gran acontecimiento cultural de aquel año fue la creación —respaldada por la Institución Cultural— como un departamento de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del Instituto de Filología que comprendería los estudios de lingüística general, evolución del castellano en América y lingüística indígena.

Era entonces decano de la Facultad de Buenos Aires un gran escritor, Ricardo Rojas, quien gestionó, a través de una interesantísima correspondencia epistolar, con don Ramón Menéndez Pidal, el envío de un filólogo español del máximo prestigio para desempeñar la dirección del flamante Instituto. Tras barajar-

se diversos nombres fue designado don Américo Castro, quien desarrollaría una formidable labor tanto en el curso de filología dictado en el Instituto recién creado, como en el ciclo de conferencias auspiciado por la Institución Cultural en el que se ocupó de una serie de temas literarios para él tan entrañables y estudiados como Cervantes, la Celestina, la sensibilidad del Renacimiento en la literatura española, la técnica dramática de Lope de Vega ...

A Américo Castro le sucedería en la dirección del Instituto otro gran filólogo, don Agustín Millares Carlo, quien en 1924 dictaría lecciones en distintos centros académicos. Después la línea de rigor científico de los directores del Instituto de Filología se mantendría en un nivel de excelencia, desde Amado Alonso y Manuel de Montoliú hasta Alonso Zamora Vicente.

Pero reitero que no es posible reseñar con minuciosidad la historia de la Institución Cultural para lo que necesitaría un espacio mayor del que dispongo. En los años sucesivos ocuparon la Cátedra eminentes hombres de ciencia como los químicos Casares Gil y P. Eduardo Vitoria, o el profesor Luis de Olariaga, maestro de economistas, o del discípulo de Ramón y Cajal y gran histólogo, Pío del Río Hortega.

Por supuesto también se produjeron cambios en la presidencia y en la directiva de la Institución. Don Avelino Gutiérrez prefirió dejar la presidencia en 1923 por ser partidario de una renovación en la dirección de la entidad y de este modo consolidar su obra sin personalismos ni rutinas. Le sucedió don Vicente Sánchez y, al fallecimiento de éste en 1926, don Federico Iribarren.

En esta rápida reseña debo subrayar cómo fue el año 1926 rico en actividades intelectuales y científicas: cuatro importantes figuras de la vida universitaria española ocuparon la cátedra de la Institución: doña María de Maeztu, ilustre pedagoga, directora de la Residencia de Señoritas, paralela a la Residencia de Estudiantes; el gran prehistoriador y paleontólogo, Hugo Obermaier, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid; el doctor Gustavo Pittaluga, especialista en parasitología, brillante figura de la medicina de aquellos años; y por último, el Padre jesuita José A. de Laburu, especialista en psicología comparada.

También 1927 fue un año rico en actividades. Por una parte cabe reseñar la visita a la Argentina del profesor italiano Arturo Farinelli, excelente conocedor de la literatura española, quien, con el patrocinio de la Institución Cultural, dio



varias lecciones en la Universidad de La Plata y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Asimismo visitó Buenos Aires, en su cuarto viaje a la Argentina, el escritor español José María Salaverría; y el escritor y crítico Guillermo de Torre, secretario de *La Gaceta Literaria*, y colaborador de la *Revista de las Españas* y del diario *El Sol*, quien pronunció dos conferencias, una en la Facultad de Humanidades de La Plata, en la que habló del movimiento ultraísta, y otra en «Amigos del Arte» acerca del tema «Pablo Picasso y Ramón Gómez de la Serna». Años más tarde, Guillermo de Torre se casaría con Norah Borges, hermana del gran escritor. Asimismo, otro escritor y crítico literario español, Enrique Díez Canedo, hizo una breve visita a Buenos Aires, ocasión en la que dio una conferencia en la tribuna de Amigos del Arte sobre «Iconografía literaria española».

Mas el principal invitado de la Institución Cultura durante el año 1927 fue el ingeniero Esteban Terradas, que había ocupado la cátedra de Mecánica racional de la Facultad de Ciencias de Barcelona, antes de pasar a Barcelona para desempeñar la de Electricidad y Magnetismo en la Universidad de Barcelona. Ingeniero de Caminos, de gran prestigio, colaboró con la Compañía Telefónica, así como con empresas vinculadas al ferrocarril y a obras civiles. En Buenos Aires su curso de ocho lecciones y de alta especialización tuvo por escenario el Aula Magna de la Facultad de Ciencias Exactas. Asimismo dio una conferencia en el Centro Argentino de Ingenieros, tratando de la construcción de túneles en las grandes metrópolis. Después de un viaje a Chile y Bolivia acudió a la ciudad argentina de Rosario, para desarrollar un breve ciclo de conferencias en la Facultad de Ciencias Matemáticas.

En los últimos años de la década de los veinte no fue menor la calidad y cantidad de los conferenciantes españoles en la Institución: volvió el economista Luis Olariaga y en 1928 dieron cursos los doctores Pedro Ara, catedrático de Anatomía Descriptiva en la Universidad de Valencia; Felipe Jiménez de Asúa, de la Facultad de Medicina de Zaragoza; y el pedagogo Lorenzo Luzuriaga. También en 1928 volvió el filósofo Ortega y Gasset, con invitación compartida por la Sociedad de Amigos del Arte, donde dio una serie de conferencias cuyo texto ha permanecido inédito hasta ser publicado en 1996 (México, FCE), con el título de *Meditación de nuestro tiempo*, en edición de José Luis Molinuevo. El Ortega que vuelve a Buenos Aires se encuentra en plena madurez intelectual como reconocía el prestigioso crítico alemán Ernest Robert Curtius, quien afirmaba por entonces: Ortega «es uno de los doce pares del intelecto europeo, cuyo gremio se forma por tácito acuerdo entre los selectos de nuestro continente».

La segunda visita de Ortega coincide con la presencia de Ramiro de Maeztu —con quien años atrás le unió una gran amistad que el tiempo había enfriado—, nombrado en tiempos de la dictadura del general Primo de Rivera embajador de España en Buenos Aires. También Maeztu pronunciará conferencias en la Institución, alguna de ellas anticipo de lo que será su libro *Defensa de la Hispanidad* y participará en la vida cultural de Buenos Aires. A pesar del distanciamiento con Ortega, Maeztu acudió a escucharle la lección inaugural del curso en la Sociedad de Amigos del Arte.

Durante el año 1929, la Institución Cultural estuvo atenta a la celebración en España de dos grandes exposiciones: la Iberoamericana, que se inauguró el 9 de mayo y tuvo a Sevilla como escenario, y la Internacional, que se celebró en Barcelona y fue inaugurada diez días después, también por los Reyes. El pabellón argentino en la exposición sevillana fue obra del arquitecto Martín Noel, y con ocasión de la visita de los Reyes el día 11 pronunció un discurso el escritor argentino Enrique Larreta, autor de la novela *La gloria de Don Ramiro*. El embajador Maeztu pronunció el 29 de octubre en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires una conferencia dedicada a comentar y subrayar la significación de ambas exposiciones, conferencia publicada, en buena parte, en los *Anales* de la Institución.

Otra iniciativa española que encontró notable eco en el ámbito de la Institución Cultural —que ya en 1923 había creado en Madrid la «Cátedra Cajal para Investigaciones Científicas»— fue la relacionada con la construcción de la Ciudad Universitaria de Madrid. De nuevo correspondió al embajador Ramiro de Maeztu dar una conferencia para encomiar el alto significado de esta iniciativa. Pocos meses después de hacerse público el gran proyecto, visitó Buenos Aires el doctor Florestán Aguilar, secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria. Con este motivo, el embajador Maeztu ofreció una comida a la que asistieron los presidentes de la Institución Cultural, de la Asociación Patriótica, del Club Español, y destacadas personalidades, entre las que figuraba don Avelino Gutiérrez, quien pocos días después publicó una serie de artículos en los que subrayó la importancia que para el futuro de la universidad española, y por tanto, de la cultura y la ciencia, tenía la edificación de la Ciudad Universitaria. Como consecuencia de la resonancia alcanzada por estos artículos se celebró una nueva reunión de las principales asociaciones españolas de Buenos Aires y se acordó «constituir un capital cuyos intereses se aplicarían a la creación de becas para estudiantes argentinos que fueran a estudiar en la futura Ciudad Universitaria». Por otra parte se llevó a cabo una suscripción de donaciones con

destino a financiar las obras de construcción, a la que la propia Institución Cultural contribuyó con cerca de 5.000 pesetas en un monto total que superó las doce mil.

En el año 1930 cabe recordar la presencia del catedrático de la Universidad Central, Pedro Sainz Rodríguez, director literario de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, quien, auspiciado por la Institución Cultural, habló en la Asociación Patriótica acerca de «El ascetismo y el humanismo de la literatura española». Fue, asimismo, recibido por la Junta de Historia y Numismática Americana, que le incorporó como miembro correspondiente. Allí dio una conferencia sobre «La evolución en la España contemporánea».

En julio de 1930 llegó a Buenos Aires, invitado por la Institución Cultural el profesor Enrique Moles, desde 1926 catedrático de Química inorgánica en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. El programa de conferencias y lecciones del profesor Moles en la Argentina fue verdaderamente extraordinario. Dio cursos en la Facultad de Ciencias, Exactas y Naturales, de la Universidad de Buenos Aires, en la Escuela de Farmacia, en la Sociedad Nacional de Farmacia, en la Asociación Patriótica, en la Asociación Química Argentina... Viajó a la ciudad de La Plata para dar dos conferencias en la Facultad de Ciencias, y a Rosario donde dio lecciones en el Club Español. En los *Anales* de la Institución se dedica todo un capítulo a reseñar la importante labor científica llevada a cabo por el profesor Moles durante su visita.

Para el periodo que va desde 1930 hasta el comienzo de la Guerra Civil en España se carece de la información proporcionada por los *Anales* hasta el citado año. José María López Sánchez en su artículo *La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires*, publicado en *Revista de Indias* (n.º 239, enero-abril 2007), proporciona una interesante información relativa al periodo que va desde la proclamación de la II República hasta el comienzo de la Guerra Civil, en lo que se refiere a las relaciones entre la Institución Cultural y la Administración española, concretamente con la Junta de Relaciones Culturales, que había sido creada en diciembre de 1926.

Las Cortes españolas aprobaron en 1932 una partida de un millón de pesetas para la «expansión de la cultura de España en América», y López Sánchez comenta que «aquella partida presupuestaria era el primer paso en la elaboración, por primera vez sería, de una política cultural exterior y en ella ya no te-

nían espacio instituciones como la ICE». Cuando tres años más tarde la Junta de Relaciones Culturales asumió la responsabilidad de la acción cultural exterior, «no vio en la ICE más que una sociedad digna de elogio por su actividad desplegada hasta entonces, pero imposibilitada por su propia naturaleza no estatal para asumir los propósitos del gobierno español».

En 1933 y 1934 la Institución Cultural intentó negociar tanto con el Ministerio de Estado como con el de Instrucción Pública, para que parte del presupuesto dedicado a la acción exterior fuese destinado a regular un servicio de becas para que alumnos argentinos perfeccionasen sus estudios en las aulas universitarias españolas. Por fin, una contribución económica de la colonia española en Argentina permitió que un estudiante argentino viniese a Madrid. «A las dificultades de financiación de la Cátedra Cajal o la impotencia para poner en marcha un sistema de becas, se uniría en julio de 1935 el proyecto de la Junta de Relaciones Culturales de crear un Instituto Hispánico en Buenos Aires sin contar para ello con la ICE. Ésta se enteró a través de la prensa de una iniciativa que respondía fielmente a una voluntad del gobierno republicano por ejercer una verdadera política exterior en América a través de la Junta». Y añade López Sánchez: «La Institución Cultural lo consideró, con razón, una amenaza, pues aquel Instituto Hispánico iba a duplicar las actividades que realizaba la ICE ... / ... Todavía el 26 de febrero de 1936 la ICE enviaba un escrito a la Junta de Relaciones Culturales insistiendo en sus argumentos e, incluso, insinuando el rechazo que dentro de la comunidad española en Argentina aquel Instituto podría generar».

El comienzo de la Guerra Civil hizo inviables los planes culturales de la República y asimismo afectó negativamente cualquier tipo de actividad por parte de la Institución Cultural Marta Campomar, en un trabajo publicado en el libro *Ortega y la Argentina* (FCE 1997) alude a las tensiones producidas por causa de la Guerra Civil Española entre la Asociación Patriótica Española y la Institución Cultural, ésta más inclinada al espíritu de la zona republicana, aquélla más identificada con la zona franquista. Por cierto, he olvidado mencionar que desde el inicio de la Institución Cultural su sede había sido la de la Asociación Patriótica Española que disponía de un excelente domicilio social.

Lo cierto es que la Institución Cultural supo mantener —bajo la presidencia de Rafael Vehils— su actividad si bien en los primeros años cuarenta no pudo contar con la colaboración de profesores y académicos españoles para dictar cursos de conferencias. Sin embargo, continuó con su programa de celebración

de conmemoraciones y así Ortega y Gasset, en noviembre de 1940, pronunció una conferencia con motivo del cuarto centenario de Juan Luis Vives; Amado Alonso habló de Pérez Galdós en el centenario del nacimiento del escritor canario; Ramón Gómez de la Serna dio sendas conferencias sobre el escultor Pedro de Mena y el pintor Claudio Coello en 1943; José María Pemán habló del romanticismo en la poesía de Espronceda, en julio de 1948... por sólo citar algunos ejemplos. Al lado de estos ilustres españoles cabría recordar a los intelectuales argentinos que intervinieron en aquellos años con distintos motivos: Ricardo Levene, Arturo Capdevila, Ángel J. Battistessa, Arturo Berenguer Carisomo, Rafael Alberto Arrieta...

Y pocos años después, en 1948 serán invitados por la Institución para ocupar su cátedra ilustres conferenciantes españoles: Dámaso Alonso, Pedro Laín Entralgo, Camilo Barcia Trelles... Julián Marías lo será en 1952, y poco más tarde Antonio Tovar, Rafael Lapesa, Guillermo Díaz Plaja, Alonso Zamora Vicente, por sólo citar algunos nombres relevantes...

Creo sinceramente que la muy importante labor cumplida a lo largo de casi medio siglo por la Institución Cultural Española de Buenos Aires para el mejor conocimiento de la cultura y la ciencia española, así como para hacer familiares a los españoles las grandes figuras de las letras, las artes y las ciencias de la Argentina, merecería ser más conocida y apreciada entre nosotros. La idea fundacional del doctor Avelino Gutiérrez y del grupo que le secundó no fue una iniciativa efímera, fruto de una reacción emocional ante la muerte del gran sabio español Marcelino Menéndez Pelayo, sino que conoció perseverancia y continuidad en el empeño. Fue una gran idea y un gran ejemplo. No ignoro que en los últimos cincuenta, cuarenta años otras instituciones públicas y privadas han venido atendiendo algunas de las funciones y misiones que se fijó la Institución creada en Buenos Aires en 1914, pero me parece que no se han alcanzado frutos tan logrados como los de la Institución cuyo recuerdo he pretendido evocar en estas páginas.